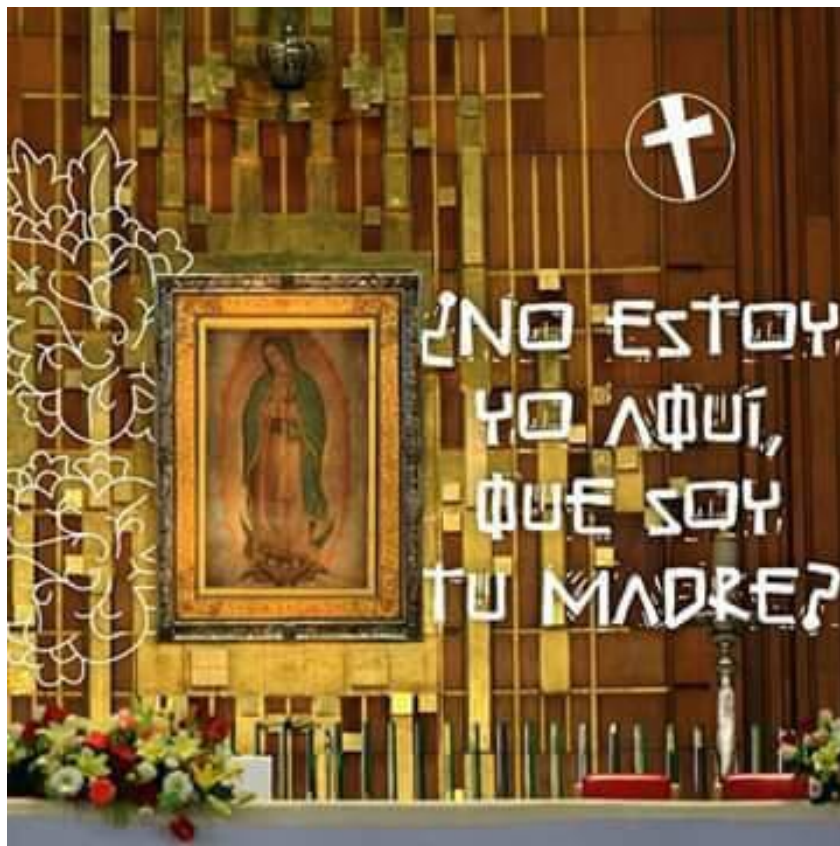




Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe

**VIVE EN FAMILIA EL DIA DE LAS MADRES
Y VENERA A SANTA MARÍA DE GUADALUPE,
MADRE DEL VERDADERISIMO DIOS,
POR QUIEN VIVIMOS.**

M. I. Mons. Cango. Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canónigo del Venerable Cabildo de Guadalupe



*“ ... ca nehuatl in nicenquizca cemicac Ichpochtli Sancta Maria, in
Inantzin in huel nelli Teotl Dios, in Ipalnemohuani, in Teyocoyani, in
Tloque Nahuaque, in Ilhuicahua, in Tlalticpaque –*

*Soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo
Dios por Quien se vive, el Creador de las Personas, el Dueño de la
cercanía y de la inmediateción, el Dueño del cielo, el Dueño de la tierra,
(Nican Mopohua 26)*

10 de Mayo, celebración del día de las Madres

En esta fecha tan especial, el 10 de Mayo, día de las Madres, es esencial reflexionar sobre la maternidad en referencia a la persona. La maternidad determina siempre *una relación única e irrepetible* entre dos personas: *la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre*. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia.

En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible, y esto vale tanto para la madre como para el hijo. Cada hijo es rodeado del mismo modo por aquel amor materno, sobre el que se basa su formación y maduración en la humanidad.

Así podemos afirmar que la maternidad *“en el orden de la gracia”* mantiene la analogía con cuanto a en el orden de la naturaleza, caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que, en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de María, su Madre, haya sido expresada de modo singular, refiriéndose al discípulo: *“Ahí tienes a tu hijo”*.

Se puede decir que en estas mismas palabras están indicado plenamente el motivo *de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo*; no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todos nosotros discípulos de Cristo. Jesucristo nuestro Redentor confió su madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como madre. La maternidad de María, que se convierte en herencia del hombre, que es un don: *un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre*.

Jesús confió María a Juan, en la medida en que confía Juan a María. A los pies de la Cruz comienza aquella especial *entrega del hombre a la Madre de Cristo*, que en la historia de nuestra Iglesia se ha expresado de modos diversos. Cuando el mismo apóstol y evangelista, después de haber recogido las palabras dichas por Jesús en la Cruz a su Madre y a él mismo, añade: *“...y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”* (Jn 19,27). Esta afirmación quiere decir con certeza que al discípulo se atribuye el papel de hijo y que él cuidó de la Madre del Maestro amado.

Y ya que María fue dada como madre personalmente a él, la afirmación indica la relación íntima de un hijo con su madre. Y todo esto se encierra en la palabra "entrega". La entrega es *la respuesta* al amor de una persona y, en concreto, *al amor de la madre*.

Hoy mejor que nunca, los incito a reflexionar sobre la dimensión mariana de la vida de nosotros, discípulos de Cristo, iniciada con el testamento de Jesús en el Calvario. Entregándonos filialmente a María, acogemos a la Madre de Cristo y la en el espacio de nuestra vida interior: "... la recibimos en nuestra casa, nuestra vida".

En el Tepeyac, 1531.

La Virgen María, desde su primera aparición a Juan Diego Cuauhtlatoatzin, el 9 de diciembre de 1531, en el Cerro del Tepeyac, evangeliza con una ternura, acierto, sobriedad y verdad y al primero a quien proclama es a Dios, el "*verdaderísimo Dios*" de Quien Ella es Madre, El de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Expresado en perfecta lengua náhuatl noble (tepillatolli) pronunció:

"In nicensiquizca cemicac Ichpochtli Sancta María" = "Yo soy la perfectamente siempre virgen Santa María", (Nican Mopohua 26)

"In inatzin in huel nelli Teotl Dios" = "La venerable Madre del muy verdadero Dios". (Nican Mopohua 26)

"Nelli" = "Verdadero", era para los indígenas sinónimo de definitivo, "perenne" de modo que el "*huel nelli Teotl Dios*" no podía ser sino el único, el de todos y el de siempre, es de Quien Ella es Madre., por eso la palabra náhuatl "*Teotl*" va unida a. vocablo castellano "*Dios*", subrayando que ante los indígenas que "*su Dios*" y "*Dios*" era uno y el mismo y pronuncia a continuación:

"In Ipalnemohuani, in Teyocoyani, in Tloque Nahuaque, in Ilhuicahua, in Tlaltipacque" = "El Viviente por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño del estar junto a todo y del abarcarlo todo, el Amo del Cielo y la Tierra." (Nican Mopohua 26)

A nosotros cristianos del III Milenio, la idea de una mujer verdadera, verdadera Madre del verdadero Dios nos es tan familiar después de

milenios de Cristianismo, pero recordemos que al inicio del cristianismo no resultaba fácil pensar que María era ciertamente Madre de Jesucristo, del Cristo hombre, y la Madre de Dios.

La Señora del Tepeyac resuelve ese problema, dejando claro que Ella no es mero "aspecto" de Dios, sino que es una mujer real y realmente es su Madre que lo mostrará en su "casita sagrada":

"Huel nicnequi, cenca niquelehuia inic nican nechquechilizque noteocaltzin, in oncan nicnextiz, nicpantlazaz nictemacaz" = "Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada en donde Lo mostraré, Lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto" (Nican Mopohua 26-27)



Santa María de Guadalupe expresa, con todo y ser Ella la protagonista, no es a Ella a quien quiere que se enfoque la atención, sino a su Hijo, a Quien Ella es la primera en servir "*mostrándolo, ensalzándolo, mostrándolo a las gentes..*" Esta es la afirmación central de todo el mensaje: María no pide nada para sí misma, anhela compartirlo con su Pueblo:

" Nictemacaz in ixquich notetlazotlaliz, noteicnoitlaliz, in notepalehuiliz, in notemanahuiliz" = "Lo daré a las gentes en todo mi amor persona, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación". (Nican Mopohua 28)

Estas palabras coinciden plena y bellamente con la definición que el Señor nos dió de sí mismo en el Sinaí: "...Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en amor y fidelidad. Misericordioso hasta la milésima generación..." (Ex. 34, 6-7), y en términos nahuas: "*notetlazotlaliz,*

noteicnoittaliz, notepalehuiliz, notemanahuiliz.." son clarísimos y reveladoramente expresivos: "*Lo daré a las gentes como todo mi amor-persona, mi salvación-persona, mi mirada compasiva-persona, mi auxilio-persona*", es decir, no es que esté Ella dando algo exclusivamente personal, sino a Alguien, Alguien que es todo eso: que es suyo, pero habla de otra persona distinta, individual y diferente, habla de su Hijo JESUCRISTO.

“No tengas miedo, acaso no estoy yo aquí que soy tu madre, Madre de misericordia” *Papa Francisco, 10 diciembre, 2018*

“El Señor tu Dios, está en medio de ti [...], se alegra y goza contigo, te renueva con su amor; exulta y se alegra contigo como en día de fiesta” (So 3,17-18). Estas palabras del profeta Sofonías, dirigidas a Israel, pueden también ser referidas a nuestra Madre, la Virgen María, a la Iglesia, y a cada uno de nosotros, a nuestra alma, amada por Dios con amor misericordioso. Sí, Dios nos ama tanto que incluso se goza y se complace en nosotros. Nos ama con amor gratuito, sin límites, sin esperar nada en cambio. No le gusta el pelagianismo. Este amor misericordioso es el atributo más sorprendente de Dios, la síntesis en que se condensa el mensaje evangélico, la fe de la Iglesia.

La palabra *misericordia* está compuesta por dos palabras: **miseria** y **corazón**. El corazón indica la capacidad de amar; la misericordia es el amor que abraza la miseria de la persona. Es un amor que «siente» nuestra indigencia como si fuera propia, para liberarnos de ella.



En esto está el amor: no somos nosotros que amamos a Dios, sino que es Él que nos ha amado primero y ha mandado a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados» (1 Jn 4,9-10). “*El Verbo se hizo carne*”, quiso compartir todas nuestras fragilidades. Quiso experimentar nuestra condición humana, hasta cargar en la Cruz con todo el dolor de la existencia humana. Es tal el abismo de su compasión y misericordia: un anonadarse para convertirse en compañía y servicio a la humanidad herida.

Ningún pecado puede cancelar su cercanía misericordiosa, ni impedirle poner en acto su gracia de conversión, con tal que la invoquemos. Más aún, el mismo pecado hace resplandecer con mayor fuerza el amor de Dios Padre quien, para rescatar al esclavo, ha sacrificado a su Hijo. Esa misericordia de Dios llega a nosotros con el don del Espíritu Santo que, en el Bautismo, hace posible, genera y nutre la vida nueva de sus discípulos. Por más grandes y graves que sean los pecados del mundo, el Espíritu, que renueva la faz de la tierra, posibilita el milagro de una vida más humana, llena de alegría y de esperanza.



Y también nosotros gritamos jubilosos: «¡El Señor es mi Dios y salvador!». «El Señor está cerca». Y esto nos lo dice el apóstol Pablo, nada nos tiene que preocupar, Él está cerca y no solo, con su Madre. Ella

le decía a San Juan Diego: ¿Por qué tienes miedo, acaso no estoy yo aquí que soy tu madre? Está cerca. Él y su Madre. La misericordia más grande radica en su estar en medio de nosotros, en su presencia y compañía. Camina junto a nosotros, nos muestra el sendero del amor, nos levanta en nuestras caídas –y con qué ternura lo hace– nos sostiene ante nuestras fatigas, nos acompaña en todas las circunstancias de nuestra existencia.

Nos abre los ojos para mirar las miserias propias y del mundo, pero a la vez nos llena de esperanza. «Y la paz de Dios [...] custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús» (Flp 4,7), nos dice Pablo. Esta es la fuente de nuestra vida pacificada y alegre; nada ni nadie puede robarnos esta paz y esta alegría, no obstante los sufrimientos y las pruebas de la vida. El Señor con su ternura nos abre su corazón, nos abre su amor. El Señor le tiene alergia a las rigideces.

Cultivemos esta experiencia de misericordia, de paz y de esperanza, durante el camino de adviento que estamos recorriendo y a la luz del año jubilar. Anunciar la Buena noticia a los pobres, como Juan Bautista, realizando obras de misericordia, es una buena manera de esperar la venida de Jesús en la Navidad. Es imitarlo a Él que dio todo, se dio todo. Esa es su misericordia sin esperar nada en cambio.



Dios se goza y complace muy especialmente en María. En una de las oraciones más queridas por el pueblo cristiano, la Salve Regina,

llamamos a María. Madre de misericordia. Ella ha experimentado la misericordia divina, y ha acogido en su seno la fuente misma de esta misericordia: Jesucristo. Ella, que ha vivido siempre íntimamente unida a su Hijo, sabe mejor que nadie lo que Él quiere: que todos los hombres se salven, que a ninguna persona le falte nunca la ternura y el consuelo de Dios. Que María, Madre de Misericordia, nos ayude a entender cuánto nos quiere Dios.

A María santísima le encomendamos los sufrimientos y las alegrías de los pueblos de todo el continente americano, que la aman como madre y la reconocen como patrona, bajo el título entrañable de Nuestra Señora de Guadalupe. Que *«la dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios»* (Bula *Misericordiae vultus*, 24).

A Ella le pedimos en este año jubilar que sea una siembra de amor misericordioso en el corazón de las personas, de las familias y de las naciones. Que nos siga repitiendo: **“No tengas miedo, acaso no estoy yo aquí que soy tu madre, Madre de misericordia”**. Que nos convirtamos en misericordiosos, y que las comunidades cristianas sepan ser oasis y fuentes de misericordia, testigos de una caridad que no admite exclusiones. Para pedirle esto, de una manera fuerte, viajaré a venerarla en su Santuario. Allí pediré todo esto para toda América, de la cual es especialmente Madre. A Ella le suplico que guíe los pasos de su pueblo americano, pueblo peregrino que busca a la Madre de misericordia, y solamente le pide una cosa: que le muestre a su Hijo Jesús.





Alégrate, exaltación, orgullo y buena herencia de las primicias de la creación.

Alégrate, gozo eterno y duradero de los ancestros.

Alégrate, gloria de Abraham y promesa de Dios.

Alégrate, bendición y doncella divina de todas las naciones.

Alégrate, doncella llena de gracia, receptáculo del maná

Alégrate, trono santificado y sin mancha del Señor.

Alégrate, Virgen inmaculada que es vista con Dios.

Alégrate, madre gloriosa de la luz sin ocaso.

Alégrate, montaña. Alégrate, zarza ardiente. Alégrate, santa mesa.

Alégrate, mi Señora santísima, llena de gracia.

Alégrate, gloria de los monjes y esplendor de los justos.
Alégrate, muro y fundamento de la belleza de las vírgenes.
Alégrate, guía segura de los que viajan por el mar.
Alégrate, oh santísima paz de los que son atacados.
Alégrate, único consuelo poderoso de los que lloran.
Alégrate, camino seguro de los que viajan por tierra.
Alégrate, oh Madre de Dios, calma de los que están angustiados.
Alégrate, gozo, deleite y doncella de los afligidos.

Por ti, nuestra raza fue redimida de la maldición.
Por ti, fue hecha digna de las delicias del paraíso.
Por ti, se renovó toda la naturaleza humana.
Por ti, fue rejuvenecida la naturaleza corrompida en el pasado.
Por ti, la raza de Adán fue magnificada.
Por ti, fue digna de recibir la gracia, la gloria y la fortaleza.
Por ti, oh Madre y Virgen, se reconcilió con la Divinidad.
Por ti, oh Tú que diste a luz a Dios, fue liberada de la tiranía.
Por ti, fue digna de la bendición de Dios.
Por ti, el indigno e incurable sería sanado.
Por ti, disfrutó de la filiación y la salvación.
Por ti, disfrutó de la herencia celestial.

Oración de San Nectario de Egina a la Madre de Dios - Theotokos

*FELICIDADES EN SU DIA MAMAS,
GRACIAS POR MOSTRARNOS SIEMPRE
EL CAMINO DE JESUCRISTO*